

## LA POESÍA CARMELITANA

QUIZA tanto como a las leyes de la herencia, acaso más que a las influencias del medio, y tal vez con la misma intensidad que a la fuerza de las costumbres, estamos sometidos los humanos a la tiranía inflexible de una retórica detonante.

El hombre primitivo, sin duda, expresó los pensamientos con una serie de palabras cortas, vibrantes, desprovistas de toda afectación, hechas para contener una idea y nada más. El progreso se fue perfilando poco a poco; llegó la moderna civilización con su cortejo incontenible de necesidades convencionales, y, entonces, como consecuencia ineludible del refinamiento de los espíritus, tomó el lenguaje matices extraños, caminos torcidos, formas oscuras de expresión. Reparad por un momento, no digo en las obras de los poetas sino hasta en las locuciones más usuales, y notaréis que hablamos en hipérbolos, contestamos con paradojas, tenemos a todas horas la comparación en los labios, vivimos —en una palabra— bajo el imperio de la metáfora.

Pero si está bien que así suceda, porque sin esos adornos sería la existencia misma tan incolora y triste como el disco de Newton, es un hecho innegable que a fuerza de usar las palabras en un sentido traslaticio y diverso les vamos quitando poco a poco su verdadero significado, hasta convertirlas de monedas de oro que son en simple y miserable papel moneda.

Una de esas palabras, entre muchas. Pedidle a quien queráis que dé un epíteto a la Concepción de Murillo, a sus pequeños libros de oraciones, a los versos de Larmig. Os hablará, indudablemente, de una imagen mística, de libros místicos, de poemas de un delicioso misticismo. Y nada de eso es místico. Se ha confundido —para decíroslo de una vez— el atrio del templo con la empinada aguja de la torre; se ha incurrido en una figura de pensamiento muy semejante a la que se empleó al anunciar como una disertación sobre la poesía carmelita esta breve charla sobre misticismo y poesía mística. Por algo os decía que solemos confundir los vocablos.

Pero si no es mística la Concepción de Murillo, si no son místicos los libros de oraciones, si carecen de misticismo los versos de Güertero, ¿qué es entonces la mística?

¿Qué es mística? Vedme enfrentado, por las solas tres palabras de esa pregunta, al más difícil, al más complejo, al más delicado y sutil de todos los temas que puede abarcar la inteligencia humana. Para responderos cumplidamente me sería preciso pasearos largo rato por todas

las religiones y por la mayor parte de las teogonías; desentrañaros el sentido oscuro de infinidad de ritos; explicaros a Platón y a Plotino; enfrentaros con los filósofos de Alejandría; pasaros por sobre San Agustín y San Dionisio hasta San Anselmo y San Bernardo; haceros permanecer muchas horas en la deliciosa abadía de San Víctor; mostráros la tradición ideológica que va de San Francisco de Asís a San Buenaventura y de éste hasta el Doctor Sutil; deteneros en Alemania para explicaros la complicada metafísica de Eckart, de Tauler y de Ruysbroeck; compararos con las de Boehemc y Gerson las atrevidas teorías de Dionisio el Cartujano; señalaros las vías diferentes del Santo de Aquino y de la inflamada Doctora de Avila; llenar con muchos volúmenes el siglo de oro de la literatura española, y todavía, en nuestros tiempos, exponeros los argumentos capitales con que atacan o defienden algunos puntos discutibles los afiliados a las distintas escuelas de la mística ortodoxa.

Pero no. Nada temáis. Hasta donde me lo permitieron las capacidades y el tiempo, estudié teorías, comparé grupos, justiprecié opiniones, y valiéndome unas veces de trechos de camino ya trillado, quitando en otros las malezas que los obstruían, y abriendo trocha en ocasiones con mi pequeña azada, he formado un sendero por el que espero llevaros, venciendo tres montañas superpuestas, hasta la propia cumbre de la mística auténtica. Contemplemos el punto de partida y empecemos sin temor el ascenso.

### *La escala mística.*

Si es un hecho indiscutible que el cuerpo no puede subsistir sin el alma, es indudable también que el alma necesita a su turno de un principio esencial, vívido, constante, que le sea más o menos lo que ella misma es para el cuerpo. Y ese principio es el amor.

Hijo del entendimiento, porque es imposible amar lo que se desconoce, de tal manera se compenetra el amor con el alma, que, privada de él, languidece como flor sin savia, se entristece como un ave sin alas, se mustia como día sin sol. Por eso entre mayor amor quepa en un alma el sér a quien pertenece se eleva más sobre los otros. Dime cuánto amas y te diré quién eres.

El hombre bestial, el hombre primitivo, está casi desprovisto de amor. No ama a nadie en realidad. Esclavo infeliz de sus instintos groseros se contenta con la satisfacción que le dan esos instintos. Un mendrugo de pan, un lecho duro, un horizonte estrecho y aquel hombre está feliz. No ama sino eso y nada más. Es el protozoo de nuestra especie.

Sigamos, sigamos, y ya muy adelante del camino, en donde comienza la subida, encontraremos al petulante, al sibarita, al vanidoso. Son almas en las que la nobleza existe ya, porque ya existe el amor: el amor a sí mismo, que es el más bajo de todos, pero que es amor al fin y al cabo. Y tan lo es que quién sabe si muchas obras prodigiosas del arte y de la ciencia han brotado solamente a impulsos de un corazón egoísta.

Subamos, sí, subamos más, y ya en alturas en donde albean las orquídeas, encontraremos a un joven pensativo que murmura un nombre blandamente y que lleva las huellas del insomnio en los ojos. Una

rubia hechicera, hecha de ensueño y realidad, le abrió en el corazón la herida siempre grata. Y el joven piensa en esa rubia, y la engrandece, y la idealiza, y anhela tenerla junto a sí para embriagarse de ella, para sorberse la luz de sus pupilas, para fundirla con el calor de sus besos. Es el hombre que sabe amar a una mujer.

¡Más alto! ¡Más alto! El amor a una mujer, con ser noble, no puede compararse con el de aquella viejecita canosa que allá, ya casi sobre la cumbre de este monte, inclina la frente sobre el sepulcro de su hijo, y llora y llora. Murió cuando apenas balbuecía con su boquita de rosa la dulce voz: ¡Mamá! Se hallaba ella entonces en toda la belleza de su arrogante juventud. Y día tras día, semana tras semana, año tras año, la veréis sobre esa tumba con un ramo de flores en las manos y un doble rosario de diamantes en los ojos ya turbios.

El aire se enrarece y las alturas dan vértigo. No importa. Allá, más altos que las madres, hay unos pocos seres que no mecieron la cuna de un niño sino las cunas de centenas, de millones, de toda la triste humanidad. Olvidados de sí mismos, sin otra dicha que la dicha ajena, padecen dolor por consolar nuestros dolores, contraen enfermedades por evitar las nuestras, rasgan su corazón cual los pelícanos para nutrir con él a todos los hambrientos. No los llamemos héroes, ni les demos el nombre de artistas. Admirémoslos y prosigamos la ascensión.

Allá, en regiones en las que apenas se respira, surge de pronto una figura luminosa, vibrante de piedad y estremeada de amor. Es la del hombre en cuyo pecho se albergó una parte del corazón de Cristo. Contempladle... Lo mismo que su dulce Maestro arde en amor no sólo por los hombres sino también por las bestias y las cosas, a las que mira como a sus hermanas. Las abejas le encantan porque dulcifican la vida y alumbran la muerte; estrecha los árboles entre sus brazos porque los árboles son alimento y son abrigo; el gorjeo de los pájaros resuena en sus oídos como palabras de idioma misterioso, y el rubio sol se cuele en sus entrañas como si fuera el alma misma de esta naturaleza que le embriaga.

Pero, ¿qué son las criaturas? ¿Quién vibra en el fulgor de las estrellas, y se estremece en los mares, y viste con trajes imperiales el cáliz abierto de las flores? El alma comienza a comprender que un Sér eterno e infinito ha puesto el sello de su omnipotencia en los hombres y en las cosas. Comienza a andar, para decirlo así, sobre la huella de las plantas divinas. Y el hombre, y las bestias, y las cosas, no bastan entonces para saciar esa sed que la atormenta. Se siente prisionera en ruda cárcel y siente nostalgia invencible de un país que desconoce pero con el que sueña despierta... Hambre de eternidad, sed de Dios... Ya estamos en presencia de Fray Luis, y ya buscamos como él la música de los cielos en los acordes de Salinas y el derecho del gobelino en el azul tachonado de la noche serena... Hemos llegado a la cumbre de la primera montaña...

Pero no basta con que el hombre se haya elevado desde la idea de Dios —impresa aun en el alma del salvaje— hasta colocarse, hallados en los seres corporales, temporales y exteriores a ella los vestigios de las manos divinas, en lo que el *Itinerario* de San Buenaventura denomina *el camino de Dios*. Es menester que el alma, ya entonces anhelante de

infinito, empiece la subida a una cumbre más alta —la de la ascética— hasta que logre penetrar en la verdad del Sér Supremo.

Y ¿dónde encontrar esa verdad? El alma se lo pregunta a sí misma con angustioso interrogante. De pronto, sin embargo, encuentra que es ella misma —espiritual, inmortal, insaciable— una fiel y viviente imagen del Eterno. Esa obsesión de infinito que la enloquece, esa angustia infame que la tortura, esa llama de amores que la quema, no son, no pueden ser, sino una chispa que a ella saltó de la divina hoguera. La verdad de Dios la ha hallado, pues, en sí misma.

Prosigue el alma la subida y va comprendiendo uno a uno los atributos, las perfecciones, las bellezas indecibles de Aquel a quien adora. Y anhela entonces lanzarse a sus pies para besarlos, escudarse bajo la sombra de su manto, arrancar las espinas de sus sienas. ¡Ah, sí! Pero se siente y se toca toda manchada, toda vil, toda apegada a los placeres bastardos, a los cariños terrenos. El amor quiere levantarla más y más, pero el temor la acobarda, y ese temor le tuerce el rumbo.

¿Cómo franquear el enorme camino que va desde esta montaña de la ascética hasta la cumbre más alta de la mística? Ya las fuerzas naturales se agotan, ya la carne flaquea, ya sangran a torrentes hasta los poros mismos del corazón . . . Sí. Pero el alma es ahora a modo de una pujante mongolfiera, henchida hasta donde más por el aire caliente del amor, y que si no se levanta hasta dejar atrás las constelaciones invisibles es porque pesa mucho el lastre y la retiene todavía en la tierra de los hombres.

Un esfuerzo supremo y el lastre desaparece poco a poco. Ojos azules de la rubia hechicera, cabellos negros de la morena ardorosa, besos vibrantes presentidos en sueños, hogar, madre, amigos: todo, hasta la misma personalidad, rueda al pie de la Cruz de donde pende el Ideal eterno. Y libre el alma del peso que la agarraba a la tierra con garfios intangibles, va subiendo, subiendo por los agrios desfiladeros de esta montaña nebulosa en busca de la Fuente de aguas vivas que ha de calmar al fin la sed que la atormenta.

Aquí, en mi humilde opinión, la diferencia sustancial entre la ascética y la mística. En el alma del asceta se junta el amor con el temor, pues si bien es cierto que esa alma desea ardientemente la visión del Amado, mira a Dios todavía con los ojos brillantes de miedo; en el místico el fuego del amor es todo y lo demás tan es nada que ya no se anhela ni siquiera arrojarse a las plantas de Cristo sino agarrarse a El con el nudo de un abrazo sin término. El asceta comprende muy bien que su alma de Dios vino y a Dios debe volver; a El la lleva, en efecto, por los caminos por los que regresó a su padre el hijo pródigo; el místico presente que hay un medio inmediato para burlar esos caminos: es el amor ese medio, y así, en alas del amor, realiza en vida el objeto divino de la eternidad.

Pero os decía que ya el alma se ha desprendido de todos los afectos terrenos y ha logrado encumbrarse a regiones más altas que los astros. Busca al Amado sin descanso y sólo vive por él y para amarle. No le mueven ni el castigo ni el premio. Su recompensa está, y es la que busca, en el placer de amar eternamente . . . Miradla; ahora esa alma no es tan sólo religiosa o ascética: ha comenzado a trepar el monte santo de la mística.

No creáis, sin embargo, que todo en ese monte es luminoso. Tanto, tantísimo ha subido el alma en su deseo de hallar a Dios, que ya por estas cumbres han desaparecido el verdor de la vegetación, el ruido de la tierra, la deliciosa policromía de los paisajes. Todo es ahora silencio, sombra, soledad. La fe tan sólo alumbraba con antorcha invisible las asperezas de la ruta; únicamente la llama del amor derrite el frío que en torno reina. Es el momento solemne de la noche oscura del alma.

Tan fuerte, con todo, es el impulso con que supo el alma levantarse a estas alturas que, al no encontrar en ellas lo que busca, toma sin desmayar un rumbo nuevo. Como la dulce prometida que se consuela en ausencia de su novio contemplando el retrato en que le parece verlo vivo y enviándole mensajes en que cada línea es un ruego, el alma se vuelve entonces a las criaturas —no ya en sí mismas sino como copia que son de los ideales eternos grabados en la mente divina— y les ruega y les insta le descubran la belleza total de Aquel a quien adora, y de quien ellas son reflejo.

Lo que era antes plegaria se ha convertido en oración. Un puente invisible está tendido entre la tierra y el cielo, entre el alma y su Dios. Y por este puente divino, de pendiente suavísima, prosigue el ascenso olvidada ya de todo, sacudida por una locura celestial. No la sigamos, no, que el corazón revienta en nuestro pecho y ya sentimos que el aire nos falta . . . El alma pasó el puente y allí está, anegada en una especie de delirio, viendo y sintiendo lo que no vieron los ojos ni oyeron jamás los oídos. Es el éxtasis, el raptó, el matrimonio espiritual. Las dos llamas se han vuelto una sola, la fuente se ha confundido con el Océano, el tiempo ha caído en el abismo insondable de la eternidad. Dijérase que Dios, sol eterno, se copió en el alma como en espejo brillante, pero al copiarse en él se hizo reflejo, y sol y reflejo no fueron, en realidad, sino un solo rayo de luz . . . Hemos llegado a la cumbre más alta de la mística.

### *Sobre la cumbre.*

No es lo mismo, sin embargo, escalar estas alturas como acabamos nosotros de escalarlas, a llegar a ellas de verdad, haciendo el camino palmo a palmo con nuestros propios pies. Desde la tierra mezquina seguimos a veces en los aires el curso glorioso de un avión. Lo vemos subir, subir más, perderse entre las gasas de las nubes, reaparecer gallardo, brillar como encendido a los fulgores del sol que le hiere. Aquello nos entusiasma, nos subyuga. Pero es preciso hallarse en la cabina, tener entre las manos los timones, escuchar anhelante el ruido sonoro del motor, ver que la tierra se aleja, que el cielo se acerca, que la inmensidad nos apabulla, que el infinito nos traga, para comprender lo que son la altura, y el vértigo, y el abismo, y la emoción.

De aquí el que los místicos puedan clasificarse en dos agrupaciones definitivas: la que muchos llaman *doctrinal* y la que algunos denominan *experimental*. Los místicos experimentales, a su vez, se deben catalogar en dos fracciones: la de quienes nos dejaron escritos sus coloquios con Dios y la de aquellos que callaron o callan sus emociones más íntimas. Sólo que todavía los que narraron al mundo la divina ascensión de sus espíritus lo hicieron unas veces en prosa limpia y seductora, y otras em-

pleando la más noble y más grata de todas las formas de expresión: el verso auténtico. Son éstos los poetas místicos, en la estricta significación del vocablo.

Pocos, muy pocos. Más ángeles que hombres allí están, sobre la cumbre, rodeados de luz indeficiente, contemplando sin cesar cara a cara las perfecciones divinas. Son un coro magnífico en que vibran los gritos del amor, los arrullos de la ternura, los arrebatos del frenesí, los delicados silencios de quien no sabe expresar lo que siente... ¡No los escucháis? ... Las voces se alzan ya, en esa atmósfera cargada de misterio, y son almas que besan, nervios que se distienden, corazones que repican en el pecho como campanas de amor... Escuchad, sí... Una voz, otra, una tercera... Tres voces inefables que se destacan en ese concierto celestial... ¿Sus dueños? ¡Ah, miradles! Por una extraña casualidad todos tres llevan el hábito carmelita y blanco que ciñó el profeta Elías. Son dos mujeres y un hombre. El mundo les llamó Teresa de Cepeda y Ahumada, Juan de Yepes y Alvarez, Teresa Martin y Guerin... Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, Teresita del Niño Jesús se llaman en el cielo.

Sigamos por un momento la marcha de estas figuras luminosas...

### *Santa Teresa de Jesús.*

Es para mí una verdad indiscutible que si al estudiar a un escritor no se analizan primero las características de la época, las relaciones existentes entre la obra literaria y el medio social en que nace, la evolución histórica del género cultivado por el escritor a quien se estudia, y las condiciones propias de la raza o de la nación a que la obra pertenece, se habrán escrito artículos muy bellos, biografías muy hermosas, pero no se ha hecho verdadera crítica literaria o, si me permitís la expresión, verdadera filosofía de la literatura. Por eso comenzaré por deciros que es en el siglo xvi y es en Avila de los Caballeros.

En el siglo xvi os he dicho. Los siglos, sin embargo, no son sino generaciones que proceden de otras. Mucho antes de esa fecha un pensador latino-español —me refiero al gran Séneca— había catequizado la Península para una doctrina de estoicismo acendrado, en la que predominaba naturalmente la parte moral, y en la que se enseñaba, ante todo, el dominio de la voluntad y el refrenamiento de los apetitos. Raimundo Lulio, por su parte, enamorado hasta los tuétanos del brillo oriental y divulgador maravilloso de sistemas y teorías caros a la época y al medio, había logrado que el genio español, también brillante e impulsivo, se lanzara —sin saberlo quizá— por los laberintos de una metafísica tan poética como sutil. Y de tan estrecho maridaje de realidad y ensueño, de prosa y poesía, había surgido un ambiente especial, típicamente español, mezcla de exaltación religiosa y de espíritu caballeresco, que cristalizó en esos hidalgos, católicos, galantes y guerreros que igual sabían tomar la espada por el puño para matar al enemigo, que alzarla sonrientes de la punta para mostrar la Cruz.

La guerra de reconquista, además, —como todas las guerras internacionales— había refinado hasta el extremo el alma ya formada tras una larga gestación. Trovadores provenzales y bardos italianos habían

contribuído también a que ese espíritu —multiforme pero siempre idéntico a sí mismo— que animaba ya por entonces las vidas de santos, las novelas picarescas y los libros de caballerías, se manifestara cuanto antes en una forma nueva, más bella y más honda. Era llegado el momento supremo, porque el alma española estaba ya en plena posesión de sí misma. Cervantes, Lope y Calderón no tardarían en surgir, como productos del medio, al lado de Velázquez y de Gonzalo de Córdoba, de Ignacio de Loyola y de fray Luis de León.

Pero así como el alma humana parece refugiarse de preferencia en algunas partes del cuerpo, el alma de las naciones se muestra también más claramente en algunos sitios determinados. La dulcísima Avila, con sus calles estrechas, sus casonas vetustas, sus iglesias señoreadas por crucifijos sangrientos, sus campanas de extraño tañido, sus medrosas leyendas de aparecidos, y, más que todo, sus celosías misteriosas que parecen ventanas abiertas a los fulgores de la eternidad, era uno de esos rincones deleitosos en donde el alma de la España de entonces parecía embriagarse de sí misma.

Recorrámosla un instante. Ya pasamos la Cuesta de la Gracia, nos detuvimos en las esquinas tortuosas de la Calle de la Luna y hemos llegado —tiritando de frío— a la del Cristo de la Luz. Don Alfonso Sánchez de Cepeda y doña Beatriz de Ahumada son los dueños nobilísimos de aquella mansión que allí se yergue. Anchos torreones, caros a las cornejas agoreras, le prestan un fondo singular. El yerto paisaje la envuelve en los pliegues de su túnica gris. Y por los anchos corredores vaga una sombra de mujer, lentamente.

Es Teresa, la hija mimada de los dueños de casa. Educada en ese ambiente severo se dedicó, desde sus más tiernos años, a la lectura de libros piadosos. Exaltada por el martirio de muchos seguidores de Cristo huyó a tierra de moros, acompañada por su hermano Rodrigo, deseosa de encontrar la persecución y el tormento. Devueltos a la casa paterna por un tío suyo que los encontró en el camino, formaron entre los matorrales de la huerta dos celdillas a las que se retiraban a orar como ermitaños. Pero después . . . Miradla . . .

Lee ahora, embelesada, los más divertidos libros de caballerías y las más finas aventuras de pícaros. Y casi me atrevo a aseguraros que esas obras profanas y vacuas la conducen con más fuerza que los mejores devocionarios a las cumbres altivas del perfeccionamiento espiritual. Inteligencia analizadora cual ninguna encuentra ella, en efecto, que las novelas picarescas trazan caracteres de un estoicismo sublime y ensalzan el bien pintando el mal, y que los caballeros andantes son seres que se esfuerzan en realizar sobre la tierra el reino de la paz y la justicia, con una ilusión ante los ojos y un amor encendido en el pecho. Ni los Alfaraches ni los Amadises son personajes de aquellos a quienes el éxtasis anonada: más activos a medida que su fuego interior es más grande, luchan, se agigantan, se hombrean con lo imposible, y todo lo pueden porque todo lo quieren.

No lo entiende así don Alfonso y, preocupado por ese cambio de lecturas de su hija, la pensiona sin demora en el viejo monasterio de San Agustín. Una penosa enfermedad la vuelve a su mansión. Mejora a poco y toma el hábito religioso en un convento de carmelitas. Allí las primeras luchas entre la tierra y el cielo, los primeros escalones de la divina

escala mística, los únicos desfallecimientos en la atrevida ascensión. Desfallecimientos terribles, sí, pero al fin la mongolfiera arroja el lastre. Y sube, sube, impulsada por un amor que raya en frenesí, hasta cumbres apenas conocidas por sus plantas.

Amor que raya en frenesí: ese el resorte que mueve toda la vida y toda la obra de Santa Teresa de Jesús. El amor, en efecto, es como el mar, porque lo mismo que el mar, es movimiento, y es vida, y es fuerza: en ocasiones arrulla, a veces retoza, se complace con frecuencia en sacudirse, llora, ríe, o en el silencio de las noches se tiende reposado al firmamento, quizá para que las estrellas se contemplen en él o acaso más bien para mirarse él mismo en el espejo enorme del Infinito . . . Sí; el amor de Santa Teresa es como el mar: arrulla en sus *Cartas*, retoza en su *Vida*, se sacude en sus *Exclamaciones*, no deja un instante de moverse, y cuando parece dormido entre su lecho es porque en lo profundo de los abismos está corriendo el divino escalofrío de lo inefable.

Pero el mar ruge también y lanza sus olas a lo alto, como deseoso de remontarse hasta las nubes. Cuando la fuerza del amor la arrebató, cuando los grillos de la carne le entraban el vuelo del espíritu, cuando la unión con el Amado no la satisface plenamente porque fue realizada en los segundos del tiempo y no en los siglos de la eternidad, Santa Teresa de Jesús deja su modo peculiar y hasta su idiosincrasia inconfundible para trocarse en leona encadenada, en tempestad arrolladora, en grito dolorido y vibrante que estremece la soledad del desierto . . .

¿Paradoja? Sí, paradoja, y ese el vocablo preciso para llegar hasta la esencia misma de esta mujer incomparable. Maestra acabada de las almas contemplativas y extáticas, es Santa Teresa de Jesús, al propio tiempo, el modelo inigualado de las vidas emprendedoras y activas; co-razón el más femenil, el más blando, el más tierno que pueda caber en pecho humano, se eleva en alas del amor hasta regiones sublimes y es entonces tan viril, tan fuerte, tan recio, que ni el éxtasis lo hace languidecer ni el infinito le espanta; inteligencia toda fuego, toda elación, toda arrebató, es, sin embargo, analizadora, burlona, hasta fría cuando las circunstancias lo requieren; figura no ya de mujer sino de ángel, ninguna —con todo— más semejante a la nuestra y más humana; escritora cuya característica esencial es una llaneza familiar que la hace inteligible para todos, deja el curso sereno de la prosa y adquiere su estilo en el instante un artificio que extraña y un alambicamiento que fuerza a meditar. Ya lo veis; una viviente paradoja.

Pero mejor será que la escuchemos. Va a hablarnos:

Jesús sea siempre con V. S. Mucho contento me ha dado el matrimonio de la señora doña María, y es verdad que de la mucha alegría que me dio no acababa de creerlo del todo y así me ha sido gran consuelo verlo en su carta. Sea Dios bendito que tanta merced me ha hecho. Que es casamiento bien honroso. En lo demás no puede serlo todo cabal: hartó más inconveniente fuera ser muy mozo. Siempre son más regaladas con quien tiene alguna edad; en especial lo será quien tantas partes tiene para ser querida.

Humano, muy humano. Pero sin detenemos en las *Exclamaciones*, ni penetrar a las *Moradas*, para valernos únicamente de la obra poética,



vamos a contemplar cómo asciende por la escala mística hasta confundirse con Dios mismo:

“Cuando el amor está obrando  
lo que tiene obligación,  
si flaquea, si se cansa,  
si desmaya, no es amor.

“Cuando en sequedad padece  
tormenta de una opresión,  
si no sufre, si no es firme,  
si se queja, no es amor.

“Cuando el amante se ausenta  
y la deja en aflicción,  
si se acobarda y se turba,  
si se abate, no es amor.

“Cuando tiene de sí mismo  
el amor satisfacción  
de que ama, de que adora,  
de que sirve, no es amor.

“Cuando favores recibe  
en una y otra porción,  
si los quiere, si los toma,  
si le llenan, no es amor . . .

“Si en este mundo apetece  
vivir en humillación,  
y que todos te desprecien  
por Jesús, eso es amor.

“Si en medio de adversidades  
persevera el corazón  
con serenidad, con gozo  
y con paz, eso es amor.

“Si se ve igualmente alegre  
en gozo que en aflicción,  
y ni penas, ni contentos  
lo entibian, eso es amor.

“Si se mira traspasada  
de agudísimo dolor  
al contemplar a su Amado  
ofendido, eso es amor.

“Y en fin, si cuanto produce  
su pensar, su obrar, su voz,  
quiere que sea en obsequio  
de su Amado, eso es amor” . . .

Y es un amor así, el más hondo y el más vivo de todos los amores posibles, el que ha fundido el corazón de Teresa en el horno inextinguible del corazón de Dios mismo. Lo va a confesar la propia Santa:

“En las internas entrañas  
sentí un golpe repentino:  
el blasón era divino  
porque obró grandes hazañas.

“Por el golpe fui herida  
y aunque la herida es mortal  
y es un dolor sin igual,  
es muerte que causa vida”.

Y más claro todavía:

“Ya toda me entregué y di,  
y de tal suerte he trocado,  
que mi Amado es para mí  
y yo soy para mi Amado.

“Tirome con una flecha  
enherbolada de amor,  
y mi alma quedó hecha  
un alma con su Criador.

“Y ya no quiero otro amor  
pues a mi Dios me he entregado,  
y mi Amado es para mí  
y yo soy para mi Amado”.

Ya no es esto amor: es la unión mística. Oigamos, si no, lo que dice el Amado en los oídos de Teresa:

“Alma, buscarte has en Mí,  
y a Mí buscarme has en ti.

“De tal suerte pudo amor,  
Alma, en mí te retratar,  
que ningún sabio pintor  
pudiera con tal primor  
tal imagen estampar.

“Fuiste por amor criada  
hermosa, bella, y así  
en mis entrañas pintada  
si te perdieras, mi Amada,  
Alma, buscarte has en Mí.

“Que yo sé que te hallarás  
 en mi pecho retratada  
 y tan al vivo sacada  
 que si te ves te holgarás  
 viéndote tan bien pintada.

“Y si acaso no supieres  
 dónde me hallarás a Mí,  
 no andes de aquí para allí,  
 sino si hallarme quisieres  
 a Mí, buscarme has en ti”.

Pero escuchad ahora lo que la Amada suspira al sentirse en los brazos del Amado:

“¡Oh Hermosura que excedéis  
 a todas las hermosuras!  
 Sin herir dolor hacéis  
 y sin dolor deshacéis  
 el amor de las criaturas.

“¡Oh nudo que así juntáis  
 dos cosas tan desiguales;  
 no sé por qué os desatáis  
 pues atado fuerzas dais  
 a tener por bien los males!

“Quien no tiene sér juntáis  
 con el Sér que no se acaba:  
 sin acabar acabáis,  
 sin tener qué amar amáis  
 y engrandecéis nuestra nada” . . .

Pero esta gloriosa unión del Alma con Dios, cumbre empinada de la mística, no puede realizarse en la tierra de manera completa y absoluta. Lo comprende así Santa Teresa y clama entonces, con rugidos de fiera encadenada, por una muerte que la liberte de la vida, para darle la vida verdadera:

“Vivo sin vivir en mí,  
 y tan alta vida espero  
 que muero porque no muero.

“Aquesta divina unión  
 del amor con que yo vivo,  
 hace a Dios ser mi cautivo  
 y libre mi corazón:  
 mas causa en mí tal pasión  
 ver a mi Dios prisionero  
 que muero porque no muero.

“¡Ay! ¡Qué larga es esta vida,  
 qué duros estos destierros,  
 esta cárcel y estos hierros  
 en que el alma está metida!  
 Sólo esperar la salida  
 me causa dolor tan fiero  
 que muero porque no muero!

“Sólo con la confianza  
 vivo de que he de morir,  
 porque muriendo el vivir  
 me asegura la esperanza:  
 muerte do el vivir se alcanza  
 no te tardes, que te espero . . .  
 ¡Que muero porque no muero!

“Mira que el amor es fuerte  
 vida, no seas molesta;  
 mira que sólo te resta  
 para ganarte, perderte;  
 venga ya la dulce muerte,  
 venga el morir muy ligero,  
 ¡que muero porque no muero!

“Vida: ¿qué puedo yo darle  
 a mi Dios que vive en mí,  
 si no es perderte a ti  
 para mejor a El gozarle?  
 Quiero, muriendo, alcanzarle  
 pues a El sólo es el que quiero . . .  
 ¡Que muero porque no muero!

“Sácame de aquesta muerte  
 mi Dios, y dame la vida;  
 no me tengas impedida  
 en este lazo tan fuerte:  
 mira que muero por verte  
 y vivir sin ti no quiero,  
 ¡Que muero porque no muero!” . . .

Pero no. Detengámonos. Esto no es español sino es divino, como exclamó ante estos mismos versos, con el alma vibrante de emoción, el gran poeta Crashaw. Sin arte, sin literatura, sin afeite artístico verdadero, los poemas de Santa Teresa de Jesús conmueven, embelesan, encantan. Y es porque en ellos se muestra desnuda, temblorosa, anhelante, un alma que el amor agigantó y que es, además, un alma de mujer. Un alma en la que todas las características de la España gloriosa de los siglos de oro se habían fundido de manera portentosa, como todos los colores del espectro en un solo rayo de luz. Por eso, más que Calderón y Cervantes, Santa Teresa de Jesús es España. Notad, si no, y veréis que en los dominios teresianos campean siempre castillos y leones . . .

### *San Juan de la Cruz.*

No es, con todo, Santa Teresa de Jesús la nota más alta de la poesía mística: tal honor corresponde a un frailecillo que, por otra serie de extrañas paradojas, es al mismo tiempo que hijo espiritual y discípulo aprovechado de la Santa, el mejor de sus padres espirituales y el más sabio y perfecto de sus maestros.

Nacido poco después que Santa Teresa, y en una ciudad llena también de campanarios y de cúpulas, estoica en medio de los peñascales amarillos y rica, como Avila, en conventos medrosos y en paisajes áridos que invitan a idear cosas mejores, San Juan de la Cruz parece predestinado, por lo mismo, a seguir la senda ya trillada por su ilustre predecesora. Y es una predestinación que se cumple.

Sólo que si el tiempo, el ambiente, la educación, la herencia misma, hermanan a Santa Teresa y a San Juan de una manera tan completa, existe entre los dos una notoria diversidad de caracteres que basta para explicar las diferencias que entre ellos existen. Santa Teresa —al fin mujer— no se desprende de la tierra sino después de haber probado algunos placeres, siempre lícitos; San Juan, apenas niño, es ya un extático, un penitente y un ardoroso despreciador de lo terreno. Santa Teresa llega al convento por la primera vez, lo deja horrorizada, y no vuelve a él sino movida por las medrosas reflexiones de un pariente; San Juan encuentra que la vida del claustro es muelle y dulce, y busca el modo de rodearla de penitencia y de dolor. Santa Teresa descuida la lectura y el estudio (sin ser por ello la monja iletrada de que se nos habla todavía) para atender con más cuidado y esmero a los pequeños menesteres de sus hijas; San Juan roba instantes a las más necesarias ocupaciones, para profundizar en el estudio de las ciencias y en el de la más encumbrada filosofía. Santa Teresa explica las más difíciles cuestiones con una simple metáfora de colorido incomparable; San Juan, siempre metafísico, traza teorías complicadas que a veces parecen anticipaciones de las síntesis de Hegel. Santa Teresa, preguntada por Dios sobre la merced que más anhela, responde resueltamente: “¡Morir!”; San Juan, a la misma pregunta, contesta a Dios con dulzura infinita: “Padeecer y ser despreciado por tu amor” . . . Santa Teresa, pues, cautiva por lo que pudiéramos llamar humanidad divinizada; San Juan nos admira, ante todo, porque es un ángel con figura humana.

Doctrinalmente, sin embargo, San Juan procede de Santa Teresa. Disgustado por el hecho de que en su convento de carmelitas no rige ya la regla primitiva de San Alberto sino una dulcificada y atenuada, y más todavía por la circunstancia de que sólo como concesión especial puede seguir las normas primitivas, piensa San Juan en trasladarse a Segovia para ingresar allí en un famoso monasterio de cartujos. Pero Dios ha dispuesto otra cosa, y pone a San Juan frente a frente de una mujer, interesada tanto como él en dar a la orden carmelitana su rigidez de antaño. Esa mujer, ya lo habréis adivinado, se llama Teresa de Jesús.

Desde el primer momento, Santa Teresa encuentra su alma parens en aquel frailecillo de apariencia enfermiza, cuyo cuerpo endeble y pequeño no es sino el sustentáculo grosero de una lámpara enorme que arde siempre, y cada vez con mayor fuerza, en llamas de fe, de esperanza, de amor inigualado. Le confía sus proyectos, le muestra sus

manuscritos, le desnuda completamente su alma, y ante aquella mujer, en la que a veces le parece mirarse como en un espejo, San Juan desiste de ingresar en la Cartuja: los dos harán cuanto antes la necesaria reforma del Carmelo, los dos se confundirán en los éxtasis, los dos dirán al mundo las dichas inefables de la divina unión. Y San Juan de la Cruz comienza, en efecto, a completar la obra de Santa Teresa: la obra de las fundaciones, la obra de la penitencia, la obra de la perfección, y también la obra grandiosa de la poesía carmelitana. De la poesía carmelitana, sí, o, lo que es lo mismo, de la poesía mística verdadera... Poned cuidado porque vais a escuchar las canciones de un ángel...

Pero, ¡ay! Desde el comienzo de esta charla hemos venido volando por atmósferas tan altas, por regiones tan divinas, que ya a nuestros pulmones humanos hacen falta el aire de la tierra, el viento vivificante de las llanuras... Descendamos por un momento para cobrar las fuerzas que nos faltan... Descendamos a lo más humano, a lo más nuestro... Pronto, pronto, que el corazón nos flaquea... Casi... Ya... Un poco más... Fijaos... Ya estamos en la tierra de los hombres...

Es una noche tenebrosa. Silencio y soledad. Nada se ve, nada se escucha... Desolación. Tristeza... ¡Sí!... Pero, de pronto, surge débilmente una luz por el hueco de un balcón que se abre... Linda doncella, encendida en rubor y temblorosa de angustia y deseo, descende sin ruido por la escala, luciendo el más bello de sus trajes, y huye afanosa de la mansión dormida... Tan sólo las tinieblas la contemplan seguir el camino que ha de llevarla muy lejos... El camino de un amor que la incendia... Allá, entre los oscuros matorrales, la debe esperar su seductor, para huir juntos, para besarse, para estrecharse en el nudo de un abrazo sin término, para entregarse el uno al otro cuerpo y alma en el arrebato febril de una pasión huracanada...

¡Ah! Pero no. Cortemos esta historia vulgar de policía... Una noche oscura, una mansión dormida, una doncella enamorada, un seductor irresistible... ¿Y qué somos nosotros, cuando hemos logrado desasirnos de la tierra, sino una noche toda oscura, en la que anhelamos ver brillar la dulce claridad de las estrellas?... ¿Qué nuestro cuerpo miserable sino la mansión entristecida de donde —cuando todo está en silencio— se escapa el alma como linda doncella en busca del Seductor que la enamora? ¿Y quién es ese divino seductor sino el Nabí de barba rubia y ojos azules como cielos, que envuelto en los albores de la túnica va predicando el amor y el dolor, o desde la Cruz ensangrentada copia a la humanidad en sus pupilas y muere con un beso de perdón en los labios y abierto el corazón como una rosa?...

Escuchad la voz del serafín:

En una noche oscura,  
con ansias en amores inflamada,  
¡oh dichosa ventura!  
salí sin ser notada  
estando ya mi casa sosegada.

A oscuras, y segura,  
por la secreta escala, disfrazada,

¡oh dichosa ventura!  
a oscuras y en celada  
estando ya mi casa sosegada.

En la noche dichosa  
en silencio, que nadie me veía  
ni yo miraba cosa,  
sin otra luz ni guía  
sino la luz que el corazón tenía.

Aquesa me guiaba,  
más cierta que la luz del mediodía,  
a donde me esperaba  
quien yo bien me sabía  
en parte donde nadie parecía . . .

El Amado, sin embargo, gusta de ocultarse para que se le busque mejor y el hallazgo sea más dulce. El Alma entonces, con una ternísima angustia:

¿A dónde te escondiste,  
Amado, y me dejaste con gemido?  
Como el ciervo huíste  
habiéndome herido;  
salí tras ti clamando, y ya eras ido.

Pastores, los que fuerdes  
allá por las majadas al otero  
si por ventura vierdes  
Aquel que yo más quiero,  
decidle que adolezco, peno y muero.

Buscando mis amores  
iré por estos montes y riberas.  
Ni cogeré las flores,  
ni temeré las fieras  
y pasaré los fuertes y fronteras . . .

¡Ah! Pero callan los pastores que de las majadas de la tierra van ascendiendo a los Oteros de los cielos, y el Alma entonces dirige su interrogante a las criaturas, a los bosques terrenos y a los eternos prados de la bienandanza:

¡Oh bosques y espesuras  
plantados por la mano del Amado!  
¡Oh Prado de verduras  
de flores esmaltado!  
Decid si por vosotros ha pasado! . . .

La respuesta no tarda:

Mil gracias derramando  
pasó por estos sotos con presura,  
y yéndolos mirando  
con sola su figura  
vestidos los dejó de su hermosura . . .

Ha encontrado las huellas de Aquel a quien busca, e inflamado más su amor, su grito expresa ternuras infinitas:

¡Ay! ¡Quién podrá sanarme!  
Acaba de entregarte ya de vero;  
no quieras enviarme  
de hoy ya más mensajero  
que no saben decirme lo que quiero.

Y todos cuantos vagan  
de ti me van mil gracias refiriendo,  
y todos más me llagan  
y déjame muriendo  
un no sé qué que quedan balbuciendo.

¿Por qué, pues has llagado  
aqueste corazón, no lo sanaste?  
Y pues me lo has robado,  
¿por qué me lo dejaste  
y no tomas el robo que robaste?

Apaga mis enojos  
pues que ninguno basta a deshacellos,  
y véante mis ojos  
pues eres lumbre de ellos  
y sólo para ti quiero tenellos . . .

¡Oh cristalina fuente:  
si en esos tus semblantes plateados  
copiases de repente  
los ojos adorados  
que tengo en las entrañas dibujados! . . .

Imposible, sí, que este grito que remece los aires como el vibrar de un ala no llegue a los oídos del Amado, produciendo al conmovier la atmósfera un brisa de amor. Es el Amado el que dice:

Vuélvete, paloma,  
que el ciervo vulnerado  
por el otero asoma  
al aire de tu vuelo, y fresco toma . . .



Y el Alma sube hasta el Amado, y es el Amado el que suplica entonces a los placeres de la tierra, a los deleites, a las penas, a los recuerdos, que se alejen, que se hundan, para que no turben el éxtasis en que el Alma está ya sumergida:

A las aves ligeras,  
leones, ciervos, gamos saltadores,  
montes, valles, riberas,  
aguas, aires, ardores  
y miedos de las noches veladores,

Por las amenas liras  
y cantos de sirenas, os conjuro  
que cesen vuestras iras  
y no toquéis el muro  
porque la Amada duerma más seguro.

Entrádose ha la Esposa  
en el ameno huerto deseado,  
y a su sabor reposa  
el cuello reclinado  
sobre los dulces brazos del Amado...

Pero la Amada, llena ahora de un amor que raya en frenesí, anhela confundirse con el Amado en cuerpo y alma y dice así con música callada en esa divina soledad sonora:

Gocémonos, Amado,  
y vámonos a ver en tu hermosura  
al bosque y al collado  
do mana el agua pura:  
entremos más adentro en la espesura.

Y luégo a las subidas  
cavernas de las piedras nos iremos  
que están bien escondidas  
y allí nos entraremos  
y el mosto de granadas gustaremos,

El aspirar del aire,  
el canto de la dulce filomena,  
el soto y su donaire  
en la noche serena  
con llama que consume y no da pena...

Con llamas, ah, con llamas de amor vivas. Es que ya el Alma se ha unido de tal manera con su Dios, que Alma y Dios no son ahora sino un fuego sagrado que los incendia a ambos. Y vibra entonces el más divino canto que haya brotado jamás de los labios de un hombre:

¡Oh llama de amor viva  
que tiernamente hieres  
de mi alma en el más profundo centro!  
Pues ya no eres esquiva  
acaba ya, si quieres,  
rompe la tela de este dulce encuentro!

¡Oh cauterio suave!  
¡Oh regalada llaga!  
¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado  
que a vida eterna sabe  
y toda deuda paga.  
¡Matando, muerte en vida la has trocado!

¡Oh lámparas de fuego  
en cuyos resplandores  
las profundas cavernas del sentido  
que estaba mudo y ciego  
con extraños primores  
calor y luz dan junto a su querido!

¡Cuán dulce y amoroso  
recuestas en mi seno  
donde secretamente solo moras;  
y en tu aspirar sabroso  
de bien y gloria lleno,  
cuán delicadamente me enamoras! . . .

De acuerdo con las reglas de la preceptiva literaria me corresponde ahora entrar a explicaros a fondo estas canciones divinas, que he desglosado de las obras de San Juan de la Cruz para deleite vuestro. Pero sinceramente os diré que no quiero cumplir con esas reglas. Hay ocasiones en que es mejor entrever que contemplar, adivinar que comprender. Ya en vuestros corazones los versos del Místico Doctor hallaron eco franco. Los dejo allí, arrullando suavemente, hablándoos en un lenguaje misterioso del que ya comprendéis muchas palabras, y paso a trazaros la semblanza de otra gloriosa carmelita, digna discípula de maestros tan ilustres . . .

### *Santa Teresita del Niño Jesús.*

Es ahora en septiembre de 1843 y sobre uno de los macizos de los Alpes. Un joven está allí, joven en cuyo rostro dulcísimo se ven claras las huellas del cansancio, y mira con insistente delectación el panorama inmenso que se extiende en torno suyo. Picos altísimos que parecen horadar el cielo azul; bosques gigantes balanceándose al viento con vaivenes sonoros; albornosos de nieve sobre las crestas más altas; ríos alocados entre el verdor de las orillas, y allá, en el valle ameno, la blanca iglesia del monasterio que tantas veces ha presentado en sus ensoñaciones.

El joven descende. Y luégo, con el alma en los labios:

—Padre Prior . . . Anhelo ser recibido en el Convento . . . Para eso he venido hasta aquí desde tierras lejanas.

—¿Quién eres?

—Luis Martin, de Alencon. Recíbame, Padre Prior, por caridad . . .

—¿Sabes latín?

—No, Padre Prior . . .

—Debes, entonces, estudiarlo si deseas ingresar al Monasterio. Lo exige así la regla . . .

—Padre Prior . . . por caridad . . .

—Imposible, hijo mío . . . Estudia latín y no tendré inconveniente en recibirte . . .

Toma el joven su bordón de viajero y regresa entristecido a la aldea. Estudiará latín y será fraile . . . Pero ese joven —hijo de uno de aquellos rincones provincianos en donde se acendran y embellecen las costumbres añejas a medida que acrece la civilización en las ciudades— ignora en su adorable sencillez que los ojos y los labios de una preciosa quinceañera atraen con mayor fuerza que todos los discursos de Cicerón y toda la Eneida de Virgilio. Celia Guerin le cautiva dulcemente con sus hechizos virginales, y el matrimonio no tarda en realizarse . . . El nido está formado y no tardarán en llegar las avechillas . . .

¡No! Si tardan en llegar. Y un documento íntimo, de esos que bastan para fijar un alma con caracteres indelebles, nos ha revelado la causa deliciosa y casi angélica: desde el día mismo de su enlace, el señor Martín hizo saber a su esposa que no miraría en ella una mujer sino una hermana. Solamente las preces ardorosas de la virtuosísima muchacha, que había cambiado su deseo de ser monja por el de tener un hijo misionero, recabaron de Dios que el señor Martin desistiera en su propósito. Y el hogar aquel se embelleció con la primera cuna . . .

Pero el hombre anhelado fue mujer, y a esa mujer siguieron otras. Siete mujeres, dos hombres . . . Y, ¡caso extraño en realidad! Los dos hombres, como dos de sus hermanas, duraron sobre la tierra lo que la rosa de Malherbe. Las cinco mujeres restantes —rosas también— embellecieron con sus colores y perfumaron con su fragancia aquel hogar modelo, y fueron luégo a deshojarse, en el retiro del Claustro, ante los pies lacerados del dulce Esposo de las vírgenes . . .

Una de esas rosas . . . La más bella, la más fragante, la más pura . . . Es la última en brotar del rosal y por eso quizá lleva la savia enriquecida. Divino capullo de selección, en ella se acendran los castos aromas del hogar, la ingenuidad del padre, la deliciosa sencillez materna. Es algo que nos encanta y nos fascina. Por eso, abejas ávidas, posémonos un momento sobre sus pétalos sedeños para sacar de allí miel celestial que nos endulce las amarguras de la vida.

Muy bien sabéis su nombre. Todos, católicos o no, hemos sentido en nuestras fibras más hondas una impresión de ternura y simpatía ante esa figura de grandes ojos oscuros, de semblante dulcísimo, de divina sonrisa, que nos contempla siempre con cariño y se deleita en presentarnos un crucifijo sobre el que se deshojan las flores más hermosas . . . Y nos hemos sentido atraídos a ella como por la fuerza de un imán porque nos inspira confianza su expresión, porque sus miradas nos

alientan, y porque adivinamos en ella al primer golpe no la mujer que seduce sino la niña candorosa que encanta y embelesa.

Una niña, sí. Santa Teresita del Niño Jesús es una niña. Hasta el hecho de que no podamos nombrarla sino en diminutivo lo está demostrando claramente... Educada en ese ambiente patriarcal, dotada de una vivísima imaginación y de una sensibilidad casi extremada, comienza por maravillarse con la nieve, por fascinarse con las aves, por quedarse estupefacta ante las fuentes. Y no cambia después. Es lo pequeño, lo sencillo, lo blando, lo que sabe herir su corazón. No hallaréis jamás niña tan niña.

Pero como del conocimiento de las criaturas se pasa al conocimiento de Dios, y las criaturas que Teresita ama y conoce son las que se hallan al alcance de su alma y de sus manos de niña, la idea de Dios que en ella se alberga desde la más tierna infancia, no es la del Dios de las tempestades y del látigo de fuego, sino la del Padre misericordioso que viste a las flores con trajes de príncipe y se complace en derrochar a manos llenas el tesoro inexhausto de su bondad y su ternura: el Dios dulce, el Dios bueno que llama a los niños a sí y se complace en besar sus bucles rubios. El discípulo busca en todo al maestro, el filósofo la causa, el vasallo al señor; esta niña no podía buscar sino a su Padre.

Es allí, en esa vida de infancia perpetua, en donde debemos buscar para Teresita del Niño Jesús el motor sencillísimo de toda su maquinaria espiritual. Desde los tres años de edad —según su propia confesión— no niega nada a Dios porque es obediente a sus mandatos; a los doce años comulga por la primera vez y se siente aquel día más consentida que nunca por su Amado; a los quince —niña al fin— rompe el protocolo riguroso de una audiencia papal para suplicar al Pontífice le permita, a su edad, ingresar en un convento carmelita; logra al fin su deseo y cree morir cuando se cierran tras ella las rejas del Carmelo de Lisieux; la angustia terrible de los escrúpulos —fantasma de las almas infantiles— le rompe a menudo el corazón con sus garras; lleva en el claustro una vida de extrema sencillez en la que está, precisamente, su carácter extraordinario y maravilloso; no tiene otra aspiración, como lo confiesa ingenuamente, que dar gusto a Jesús en tanto que los otros le dan gloria, y muere, hermosa y joven, con una sonrisa en los labios y cubriendo de rosas las plantas desnudas de su crucifijo... Una niña.

Pero el abandono total es la cumbre divina del amor, y el último tope de esa cima es el espíritu de infancia. De aquí que Santa Teresita del Niño Jesús inicie una nueva orientación en la mística. Sin noche oscura, sin penas sobrehumanas, sin luchas violentísimas, llega Santa Teresita a la más encumbrada perfección y a la más completa unión con Dios por obra sólo de su candor y de su ingenuidad. Dios, que es padre antes que todo, no podía menos de entregarse íntegramente a esa chiquilla cariñosa que le embelesaba con sus mimos y le entretenía con sus niñadas.

Escuchad. La niña comienza a jugar con los objetos más caros a su Dios y acaba por ser esos mismos objetos y vivir así con Dios mismo:

¡Cómo te envidio, llave hermosa  
que abres a diario y sin rumor  
esa prisión tan deliciosa

en que se oculta el Dios de amor! . . .  
Pero también en el santuario  
la fe divina, que es mi ley,  
abre las puertas del sagrario  
para fundirme con mi Rey!

¡Cómo te envidio, lamparilla  
que ante el Señor de la bondad,  
brillas incógnita y sencilla  
en la fragante oscuridad!  
Pero también amor ardiente  
de que mi alma vuela en pos  
me hace una lámpara viviente  
de que sus rayos lanza Dios!

Te envidio a ti con santa fiebre,  
piedra bendita del altar  
en que Jesús como al pesebre  
gusta venir a descansar . . .  
Pero también pues no te arredra  
lo que te ofrece mi oración,  
sabes venir como a la piedra  
a mi anhelante corazón!

Te envidio a ti, santa patena  
en que a Dios vemos ofrecer  
como a la víctima serena  
que halla su gozo en padecer.  
Pero también Jesús, Dios mío,  
puedo ofrecerte con ardor  
mi vida toda, mi albedrío,  
en la patena del amor!

Mucho te envidio, cáliz santo,  
en que la sangre del Señor,  
en sacrificio sacrosanto  
vierten la muerte y el dolor . . .  
Yo soy, Jesús, copa bruñida;  
yo soy, Jesús, como tu altar,  
y en el Calvario de mi vida  
gustas tu sangre derramar! . . .

Místico, muy místico. Pero fijaos ahora en esa misma unión divina expresada en forma no menos candorosa y siempre bella:

Rendime a tu Hermosura cual un jardín, sumisa,  
y todos mis aromas te quiero prodigar.  
Si vuelan mis fragancias en alas de la brisa  
que vengan nuevas flores al centro de tu altar.

Yo te rendí, ¡Dios mío! Cuando de flores me armo  
y quiero que mitigues mi horrendo padecer,  
te arrojé muchas flores, con ellas te desarmo  
y siento tus dulzuras filtrándose en mi ser.

Los pétalos de rosas enojan tus cabellos,  
te dicen que fallezco por ti, Jesús, de amor;  
bien sabes el lenguaje que te hablo yo con ellos  
y entonces me acaricias bañándome en dulzor.

¡Siembra en mi ser semillas para rendirte flores!  
Azota mis rosales si lánguidos los ves,  
y véate a mi lado, ¡oh amor de mis amores,  
para trocarme en rosas que caigan a tus pies! . . .

Y ahora, oíd. La niña se ha puesto un traje blanco, un alegre traje de novia, y el Alma va a cantar, con lira apenas emulada por San Juan de la Cruz, la canción arrebatada del desposorio espiritual:

Por Cristo, que es Dios y Hombre, mi mente desvaría.  
Es Cristo el Prometido que a mí me enamoró.  
Aún vibra en mis oídos la célica armonía  
que mi alma subyugó.

Ornó mi frente rubia con perlas y diamantes.  
Llenó de aromas tibios el tálamo nupcial,  
y salpicó de estrellas cual chispas cintilantes  
mi manto virginal.

Ciñóme con ajorcas de resplandor que admiro.  
Cintillos darme quiso como ningunos vi.  
Sobre mi veste irradian los cielos del zafiro,  
la sangre del rubí . . .

Al sentir las caricias de las manos que adoro  
se desata en mis nervios una eterna ansiedad.  
Los besos de sus labios me acendran el tesoro  
de la virginidad.

Con sangre de sus venas estoy empurpurada  
y mi sustancia es una con la sustancia de El.  
He bebido en la fuente de su boca sagrada  
la leche con la miel.

Por eso nada logra desvanecer mi calma  
y de mi sueño nadie despertarme podrá.  
La llama de amor viva que me consume el alma  
nunca se extinguirá . . .

Os dije que estos versos podrían llevar muy bien la firma ilustre de San Juan de la Cruz, el más grande sin duda de todos los místicos del orbe, si se exceptúa al inspirado autor del *Cantar de los cantares*. Reparad, porque es de trascendencia, en cómo los tres carmelitas que hemos estudiado brevemente, llegan por diversos senderos del camino a encontrarse siempre en igual sitio. Santa Teresa de Jesús gana la cumbre de la mística a fuerza de arrebatos violentos; San Juan de la Cruz trepa a esa cima con la ayuda de una ciencia casi angélica; Santa Teresita del Niño Jesús la alcanza en poco tiempo por la vía dulcísima de la infancia espiritual. Santa Teresa —si me permitís la comparación— es el águila soberbia que enseorea el espacio; San Juan el buho sapiente que halla la luz entre la noche; Santa Teresita del Niño Jesús la paloma candorosa que embelesa al cazador con sus arrullos. Pero aun así los tres coinciden en un punto capital: ¡tienen alas! Las alas divinas del amor, que son el principio y el fin de la mística . . .

### Algo de positivismo.

Aquí debiera terminar esta charla. Superficialmente, vagamente, porque un estudio a fondo del asunto exigiría volúmenes enteros, os esbocé los fundamentos de la mística y os tracé los rasgos fundamentales de tres figuras prodigiosas de ese universo ultraterreno. No quiero concluir, sin embargo, sin un análisis muy breve de lo que pudiera llamarse la faz positivista del problema.

Es el caso que, a medida que las ciencias avanzan y la investigación experimental trata de reemplazar a la simple teoría, se hallan —o se pretende haber hallado— explicaciones inesperadas para fenómenos generalmente considerados como cosa sobrenatural y extrasensible. Así acontece, más que en otros, en el campo de la mística. Lo que hasta hace poco tenía el nombre de santidad, de amor divino, de sacrificio voluntario, se llama ahora —en las obras de algunos vendedores de humo— *neurosis, histerismo, sicopatía*.

Concedo de buen grado que sin un temperamento muy nervioso y muy sensible no puede llegarse jamás a las alturas de la mística. Pero de ahí a que las elaciones místicas sean forma clara de una marcada degeneración, media un abismo. Admite la ciencia moderna, sin catalogar entre los anormales a quienes tal cosa acontece, que una violenta sensación de alegría puede perturbar momentáneamente las funciones del organismo. Y ahora bien: si no es un anormal el hombre que grita, y canta, y baila ante un tesoro que acaba de encontrarse, ¿por qué si lo es el que se queda abstraído breve rato ante los encantos infinitos de Quien él mismo es viva imagen? ¿Por qué no es una anomalía buscar riquezas y si lo es buscar a Dios, siendo así que el hombre —según confesión de los mismos positivistas— es un animal esencialmente religioso? ¿Y en qué casilla de los degenerados incluir a quienes trazaron normas de perfeccionamiento espiritual que aconsejan como cosa admirable los buscadores mismos de anormales?

Las contradicciones científicas en este asunto son patentes. Se aplaude al deportista que aligera su peso y vigoriza el músculo; se considera como el motor sin rival al que produce mayor fuerza con menos

combustible; se saluda como un héroe a aquel cuyo organismo sea más apto para luchar con la naturaleza . . . Pero se colma de oprobio al que domina el cuerpo para que no entrase los vientos del espíritu; al que sube a regiones sublimes con fuerzas halladas en sí mismo, al que desprecia lo temporal y caduco para buscar lo eterno e imperecedero. El boxeador y el automovilista sobre el sabio y el pensador.

Pero hay más. El valor de una obra —en todo caso— no puede ser juzgado por la circunstancia de que esa obra se haya producido en condiciones más o menos especiales: todos los estados de conciencia, normales o no, obedecen indefectiblemente a algún proceso orgánico. ¿Que Poe escribió sus mejores poemas en un acceso de *delirium tremens*, que Dante padecía de hepatitis, que Beethoven era sordo, que Musset murió tuberculoso? Sería absurdo concluir que las obras de esos grandes artistas pierden, por ello, todo su encanto y su belleza. El valor intrínseco de ellas no está en el alcohol, ni en los pigmentos biliares, ni en la trompa de Eustaquio, ni en el bacilo de Koch: está en ellas mismas y no más.

El genio mismo ha sido explicado patológicamente por causas diversas. Esas explicaciones, sin embargo, resultan un arma violenta contra los mismos que las dan. Y es porque surge entonces la cuestión capital: ¿con qué derecho podemos creer —como lo pregunta Mandesley— que la naturaleza está obligada a realizar sus designios únicamente con seres normales, y únicamente dentro de ciertas condiciones? Muy por el contrario, de aceptar las teorías de esos eminentes patólogos —entre los que se halla Mandesley— nos veríamos obligados a afirmar que una inteligencia superior combinada con un temperamento neuropático sería el tipo acabado del hombre perfecto.

Y es porque se olvida que los místicos, aunque se prescindiera de sus obras, y sólo por su formidable energía y por sus excelsas cualidades humanas, figurarían en la historia como seres realmente extraordinarios. Se olvida que el paso de la conciencia normal al estado místico es una evolución de lo pequeño a lo inmenso y de la agitación al reposo, en la que hay más armonía que en todas las ciencias matemáticas. Se olvida que la doctrina mística levanta el alma a un mundo sobrenatural, dándole conciencia de su linaje superior. Se olvida, finalmente, que el misticismo es una prueba irrefutable de la existencia de un principio inmortal dentro del estuche de nuestros cuerpos. Por eso dice profundamente William James que el supernaturalismo optimista a que la mística nos conduce no es, después de todo, sino la fórmula más exacta del verdadero sentido de la vida . . .